

# UN LUGAR PUTREFACTO

---

## A ROTTEN PLACE

---

Carlos Gabriel Chávez Reyes

<http://doi.org/10.37646/huella.v15i15.534>

### Notas sobre el autor:

Estudiante de la licenciatura en Sociología en la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, poeta y cuentista.

Remita cualquier duda sobre este artículo al siguiente correo electrónico: [chavezreyescarlos8@gmail.com](mailto:chavezreyescarlos8@gmail.com)

Recibido 08/06/2020 Aceptado: 01/06/2021



Copyright (c) 2021 Carlos Gabriel Chávez Reyes. Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).



Esa vez fue exactamente la última en que la plenitud de la tarde atropelló la espalda de su papá al llegar del trabajo y quedarse parado en medio de tremenda luz luego de abrir la puerta. El sol ya en total agonía hacía vislumbrar con alto estrago su silueta como tapizada de sudor y polvo, pues el hijo no sabía muy bien hasta entonces, que no sólo representaba el arduo y cansado esfuerzo de la clase obrera de siempre, sino que, colapsaba simbólicamente también esa encarnizada desigualdad de la aguda contemporaneidad inexorable del día a día que los ricos no pasan en pandemia.

El pánico se sentía tan real y tan palpable como el mismo calor que deja estupefactas y podridas a las ciruelas en el patio, pues era ese mismo pavor que tenía su papá de terminar podrido en el suelo de las ciénagas y ser arrasado por pisoteadas trémulas sintiendo todo el peso del hambre sobre su esqueleto.

Sin embargo, compartían la idea de que era ya demasiado agravio el simple hecho de cargar con la responsabilidad de la esposa y de su hijo, que con sus sencillos harapos podían apenas trasnochar mientras el frío no les comiera los pies por padecer un hartazgo de soledad inconsolable...

Entonces, fue que se sentó en el sillón, arrastró la mesita que se encontraba en medio, me dijera que me sentara ahí y le jaloneara con fuerzas sus botas enlodadas, porque es peor que fuera lodo a que fuera estiércol. Le quité primero la de la derecha, sacudiéndose lo que se le pudo de su pantalón lleno de polvo con ese primer tirón que le di.

Antes de intentar sacarle la otra bota, mi mamá escuchó el sacudido tiempo de la sala con los tosidos de papá, que exasperaban hasta las telarañas de las cortinas, —no tenemos agua más que para beber—, dijo advirtiendo con un acento de prevención fallida, porque era definitivamente tarde para evitar ensuciarme.

—No lo digo por ti —me aclaró mientras luego miraba a mi papá desesperada—, tendremos que esperar a que llueva de nuevo.

—¿Apoco ya ni si quiera hay en la cisterna? —preguntó mi papá.

—Es que entiéndelo —le respondió—, debemos desinfectar la ropa también, lavándola.

–No haría falta esperar si le pedimos al vecino que nos regale unas cubetas llenas para hoy, dijo en tono de solución. –Es seguro que mañana llegue agua.

Mamá me hizo parar de la mesita, la movió a un lado y ella mismo se colocó en posición de cuclillas para regresarle la bota zafada a mi papá. Entonces, fue luego cuando sacó de una bolsa de mandado un cubrebocas que le habían dado en algún lugar.

–No sabemos si estás bien –comentó desconsolada–. No queremos hacerles ningún mal a los vecinos. Ten, pónitelo y ve a que te hagan ese favor, implórale si es necesario.

–Yo tengo mi cubrebocas aquí, ahorita me lo pongo, mejor.

–¡No ves que ese ya lo has traído toda la semana! –le exclamó mi mamá casi regañándolo y alzando medianamente la voz...

El papá no tuvo de otra más que seguir la orden de su esposa, se quitó los lentes que lo acompañaban y se puso un sombrero hecho de palma ya viejo que tenía colgado y salió a buscar tres cubetas que estuvieran decentemente limpias y sin desperdicios de ciruelas adentro. El mundo le parecía ya áspero, todo era para él un color gris como de salitre, respiraba un gris de las láminas y bandejas oxidadas por el grisáceo y fatigado espíritu de la contingencia y el encierro, como al estupor de un octubre lánguido en medio de fango y orines de borrega.

Por más que se viera manso y con un movimiento decrepito, se echó al hijo a los hombros, le dio el sombrero para que no le estorbara cuando se sentara y que la sombra, también de una gris lucidez, alcanzara una mayor altitud y le sobrara para ambos. Salieron por el portón de madera, con las cubetas empalmadas y colgando de la mano del papá, mientras recordaba ponerse el cubrebocas diciendo –tú te vas a quedar afuera ahorita que lleguemos—...

El mundo nunca me había parecido tan alto desde aquel momento en que escalé los hombros de mi papá como si fuera un árbol. Desde arriba suele tener otra calidez la vida, como si no existiera el asedio de la muerte o la misma hambre, y disfrutaras solamente la cavidad del aire en la que vuela el alma.

–No le digas a tu mamá y pónelo –me dijo con seriedad mi papá.

–¿Y que llevas puesto entonces? –le pregunté.

–El de siempre, por eso no le digas, si no se encabrona.

Todo el camino fue recortado por la atónita cantidad de veces que iba tosiendo mi papá. Los hombros y el cuello se le calentaban aún y con la sombra encendida sobre nosotros. No se le veía cansado, pero sí podía sentir con certidumbre las sofocantes exhalaciones tenues y ansiosas que se extendían de abajo a arriba hasta mi vientre.

De un momento a otro se detuvo, me bajó ágilmente y me dijo, –ya llegamos, nada más que es mejor que no entres—. Me había sentado en esa banqueta en donde por fin mis pies alcanzaban el suelo cuando me sentara, ya no era divertido, pero debía guardar la cordura y la tolerancia de mi papá...

–¿Quién? –se oyó una voz por entre las macetas del vecino.

–Soy ¡yo! ¡Su vecino! –regresó la palabra el papá-. El de las ciruelas.

La mamá preocupada y esperando, había de recuperar la certeza y la memoria de que estos hombres habían ido con un cubre bocas menos. Terminó de hacer la comida, salió a colgar en las cuerdas que sirven de tendederos la ropa que ya tenía lavada, buscó la escoba y se puso a recoger con la pala las ciruelas que tanto le daban asco pero que era mucho más fuerte su respeto por no profanar la naturaleza en irreflexivos intentos de cortar el árbol, porque era el mejor símbolo que anuncia el permanente azar de la abundancia.

Como esa vez fue jueves, no iban a pasar a la casa a ofrecerles pan. La irritadora conmoción que se le subía a la cabeza de la mamá ponía entre apretones de mandíbula la opción de desayunar al día siguiente ciruelas o ir a pedir fiado un kilogramo de huevos morenos que eran los más económicos todavía.

Tenía que aguardar a que se metiera bien el sol, y que, por otra parte, llegaran con el agua, porque si saliera, no iba a ser preciso

calcular el instante en que quisieran entrar y no hubiera nadie y el agua se eche a perder con el polvo allá afuera, ya que no es porque fuera supersticiosa ni mucho menos, pero es cuidadosa con la higiene y la salud en la casa para evitar la gravedad del contagio.

Se asomó y nada. Prefirió correr a la tiendita a pedir los huevos antes que le ganaran. La mamá bien sabía que siempre a la puesta de sol, cuando el ocaso llega mojando los cerros del porvenir, la gente prefiere irse a ocultar y así evitar una pena más...

–¡Mamá! –grité–. Ábranos por favor.

No estaba, y fue cuando mi papá me aconsejó que posiblemente había salido a comprar algo. Me bajé de la carretilla que el vecino nos prestó para traer las cubetas con agua. Intenté abrir el portón de madera, pero resultó estar cerrada por dentro. Entre repentinos espasmos de incienso que aparentaban surgir de los costales de basura, sentí el hervor que mi papá tenía de sus manos y en su pecho, que volví la mirada para cerciorarme de que estuviera bien.

–Ahorita les abro, no se preocupen –interfirió mi mamá mientras ponía la llave y empujaba el portón.

–Me siento mal por ir a pedir el agua ahora –dijo papá intranquilo–. Es que el vecino murió anteanoche y no fuimos enterados.

–¿Pero ¿cómo? –alterada y sorprendida por la noticia, mi mamá terminó de cerrar el portón, sujetando con fuerza la bolsa con los huevos le hizo otra pregunta–: ¿Fuimos los únicos o también no lo saben los demás?

Mi mamá se veía mareada, apenas controlando la mano que se le iba inconscientemente al rostro tratando de asimilar inmensa pesadumbre. No sabía yo de la noticia tampoco, se esperó mi papá para contarlo aquí. No conocí bien al vecino, apenas y lo mencionaban de vez en cuando que les faltara en casa alguna cosa, siempre le pedían ayuda, siempre era con el vecino, seguro el vecino tiene esto o aquello que le sobre o nos preste, decían de vez en cuando.

–No lo sé mujer –dijo quitándose el cubre bocas y sin cerrar los

ojos mi papá-. Ya es el cuarto en lo que va de la semana.

-Ya ni estoy de ánimo para reclamarte -dijo ella-. Ve a tirarlo mejor.

-Ten, mamá, guárdalo -le dije.

En cuanto salió papá, mi mamá comenzó a jadear de pronto recargándose en el anaquel para que no notara su desasosiego. Pues nunca había conocido a alguien tan atildada como a ella con la mera intención de proteger a sus seres queridos. Luego sacó unos platos hondos, nos sirvió sopa de calabazas con elote que había preparado mientras no estábamos, cuando me dijo boquiabierta y con un susurro trepidante y desaforado: -tu papá tiene también ya la vida carcomida-...

El hijo no había entendido lo que su mamá trató de explicarle. Después, los tres se lavaron las manos con un zote, se sentaron delante de la mesa, separados por "prevención" de una silla a la otra, la cena era alargada cada que la mamá decía un -no tosas enfrente de la comida, ponte el brazo o levántate-, cuando el papá se veía más afligido por los síntomas y ya no soportaba la desabrida fiebre que le hacía hincharse de los ojos como lupas.

Ahí mismo, bajo todo el fragor que desnudaba la incipiente tensión de la mamá por ver cómo su esposo ya no podía mantener la cabeza ni inhalar establemente por la nariz, acercó una silla, hizo que se sentara el hijo y que le quitara las botas.

-No lo hagas -comentó la mamá-, porque luego va a perder la cualidad de orar arrodillado.

Sin saber qué tipo de abyección podría cometer el hijo, dejó que terminara de quitarle las botas. El papá pasó casi trepándose en las paredes para llegar a su habitación, desprendiéndose de la ropa como si uno le desprendiera la cáscara a las nueces.

El hijo no podía quitarse el fragor de los tosidos y el olor a podrido por la fiebre que iba dejando su papá. Lo vio acostado, sometido casi por una fervorosa aura de luto, una fragancia ardiente y lúgubre, un interminable bastimento de ceniza y carbón, de sal y gacha echadas a perder sobre el consuelo de la epidemia que no perdona, porque la casa no te puede salvar

de la muerte como dicen...

Mi mamá se bañó primero con una de las cubetas, se trajo el resto a su habitación, y sentamos a mi papá en un banco. Ella parecía contener sus gestos de asco como no lo hace con las ciruelas. A mí me lagrimeaban los ojos por palpar visualmente el azufre en el que estaba embriagada la espalda de mi papá, cuando mamá me sorprende diciendo que cierre los ojos, que los cierre porque eso también se transmite así por las córneas.

–Despídete de él –me acordó mi mamá–, y deséale una buena noche, que ya es turno de que te bañes tú.

Después de bañarme, mientras me secaba, mi mamá se arrodilló con un rosario delante de su habitación, implorando. A veces me quiero responder si hay muerte después de la vida, porque al menos en mi mundo, si había vida antes de la muerte, ahora entendí que la gente como mi papá, había sólo mudado su esperanza a la vida de alguien más mientras él se iba muriendo como toda una ciruela mientras deja sólo la semilla. Luego de terminar de orar, vino hacia mí y acarició mis pómulos ya insensibles.

–¿Lo recuerdas? –Me dijo tiritando de sus manos–. Nunca olvides cómo era su esplendor apetente de quererte a diario. Ni, sobre todo, la enseñanza que quiso dejarte...

Habían abierto las ventanas, la puerta y el refrigerador para ver si se pudiera refrescar de la raquílica codicia, la muerte por el virus que se transpiraba en los rincones más tenaces de la noche, en la que jamás alguien se hubiera imaginado que ni los aspavientos menos convencionales del destino te puedes salvar, que nadie podrá evadir la humillación de los suplicios del azar que enfrentan millones de personas en escasas condiciones sociales y económicas del tercer mundo.

Y, por más que el hijo recordara idílicamente a su papá llegar una última vez del trabajo, o quitarle esas alegóricas botas de responsabilidad y madurez, de ese sombrero con una cúspide sombra de tranquilo y fresco ensimismamiento, él debía entender a pesar de todo, que tiene que ser capaz de crecer en el fondo del fango y saber andar a pie por los dolorosos ocasos grávidos de la soledad.